

América Latina: un largo siglo XIX

Tras su experiencia como candidato liberal a la presidencia del Perú, Mario Vargas Llosa escribió un curioso texto autobiográfico, *El pez en el agua* (1993). Ya antes, de manera disimulada, con *La tía Julia y el escribidor*, había puesto en escena algunos episodios de su vida, pero con aquel libro se volvía confesional, narrándonos su trayectoria desde el nacimiento hasta su primera partida a Europa en paralelo con su campaña electoral, que acabó en derrota ante el ingeniero Fujimori. En el medio, queda en silencio su carrera de escritor, casi toda ella exitosa.

Vargas Llosa hace más que una autobiografía. En la historia de su persona ve el punto de síntesis entre la historia de su familia y la historia de su país. Como Chateaubriand, cuenta las tres historias en una sola. Este esquema tiene una larga tradición en las letras latinoamericanas. El modelo fue fijado por el argentino Domingo Faustino Sarmiento con *Recuerdos de provincia* (1850), y lo hallamos en textos como *Recuerdos del pasado* del chileno Vicente Pérez Rosales y *Ulises criollo* del mexicano José Vasconcelos. El relato ficcional donde la historia de un lugar y una familia son la historia de una sociedad que a veces se encarna en un héroe, también se da en novelas latinoamericanas o colecciones de cuentos como *Paradiso* del cubano José Lezama Lima, *Aquí vivieron* del argentino Manuel Mujica Láinez, *Cien años de soledad* del colombiano Gabriel García Márquez y *La casa de los espíritus* de la chilena Isabel Allende.

Todos ellos son libros fundacionales, lo cual hace pensar que la literatura latinoamericana sigue trabajando con la imagen de la fundación, del origen, que es el gran tema de la revolución y la guerra de la independencia, en la primera mitad del siglo XIX. En Vargas Llosa, además, se da el modelo del intelectual americano decimonónico, que era doctrinario, panfletista, polemista y gobernante, a la vez que escritor de ficción, en verso o prosa.

Al igual que los militares americanos de la independencia, Vargas Llosa escribe sus memorias a partir de la derrota y el exilio. De algún modo, su visión de la historia pasa por esta escena de pérdida, que contrasta con una vida literaria llena de triunfos, premios, halagos, éxitos y buenos negocios editoriales. Este conflicto entre la vida pública del político y la vida priva-

da del creador, que trabaja encerrado y solitario en un sereno estudio de Londres, Nueva York o Berlín, también diseña un conflicto característico del intelectual americano del XIX, imbuido de una misión ilustrada y pedagógica: el conflicto entre la moral y la política. Buena parte de la prédica de los escritores latinoamericanos interesados en la política o directamente integrados en los cuadros partidarios —de nuevo, el caso de Vargas Llosa— está impregnada de una visión ética de la política que suele conducir a un callejón sin salida, con un paisaje de desilusión y melancolía al fondo.

Aunque ambas consideren el bien en tanto fin de la acción humana, la ética y la política no coinciden en cuanto al escenario y la metodología para llevarlo a cabo. La ética se ocupa de lo óptimo y, por lo tanto, es siempre utópica. La política trabaja con lo relativamente mejor o peor, y ninguna ciencia exacta le sirve para calibrarlo: es imaginación de lo posible. La ética reclama libertad y autonomía, en tanto la política siempre actúa a partir de necesidades. El medio de la ética es la libertad del otro y la política se mueve entre poderes y fuerzas, que son la manera con que la paz del derecho resuelve la guerra de todos contra todos. La ética maneja valores y la política compone intereses. La ética defiende principios y convicciones, en tanto el político responde por el resultado de sus actos y no por las ideas invocadas para cumplirlos. Teoría y práctica hacen que, muchas veces, una buena decisión moral resulte un pésimo acto político y, viceversa, que el político deba asumir actos inmorales (una guerra, por ejemplo) porque evita un mal mayor y responde de sus consecuencias.

El intento de ser, a la vez, intelectual y político, o sea de manejarse con utopías y realidades, parece un tanto exótico en la Europa de hoy. Sólo casos aislados, como el de Vaclav Havel, en un país donde no hubo política permitida durante cuarenta largos años, responde a este modelo. Pero lo que resulta excepcional en Europa puede ser normal en América Latina, donde las anomalías políticas (revoluciones y dictaduras) se convirtieron en regularidades.

La teoría poética moderna explica que el acto creador es una escisión del sujeto cotidiano y que la invención literaria se da cuando aparece un desconocido al cual el escritor sirve de amanuense o notario. ¿Cómo pedirle responsabilidades éticas o políticas? Este sujeto ignorado y cambiante difícilmente puede ser llevado a un tribunal jurídico o moral. Las responsabilidades exigen la unidad y constancia del sujeto. Ernst Jünger, soldado, naturalista y escritor, asegura que el autor de un texto nunca está comprometido y que su escritura siempre lo está. Escribir no es un acto de compromiso, sino de libertad, pero lo que permanece escrito entra en el espacio de la historia y los demás lo cargan de signos ideológicos, valores, decisiones, preferencias, etc.

El intelectual decimonónico, en cambio, respondía de todo cuanto salía de su pluma, porque escribir era un acto cívico, afirmación de una lengua nacional, expresión de ideas y sentimientos, comunicación. También, orientación y enseñanza. En esta encrucijada es donde se sitúa la tarea de muchos escritores latinoamericanos actuales, que recogen una tradición fuerte y tratan de compaginarla con los tiempos que corren, el anacronismo postmoderno, la irrealidad de un mundo dominado por los medios poblados de imágenes, la dispersión de los sujetos y las cosas, la globalización de la vida, las inercias estructurales y una suerte de plácido fatalismo con escasas alternativas importantes.

La persistencia de ese paradigma intelectual en América Latina tal vez tenga que ver con la nostalgia de una revolución no cumplida, o no acabada de cumplir, lo cual convierte al subcontinente en el escenario de revoluciones reales o imaginarias. La independencia, por su parte, fue en gran medida obra de intelectuales, sobre todo curas y abogados, a los cuales se sumaron los oficiales ilustrados del ejército español, como San Martín y Bolívar, cuya experiencia europea los había deslumbrado en términos de conquista continental napoleónica. Una revolución sin terminar que tiene tales orígenes prolonga esta mezcla de guerra, prédica y búsqueda de legalidad que caracteriza a buena parte de la intelectualidad latinoamericana.

Las recaídas regulares en eventos revolucionarios que fascinan a los intelectuales tienen una trayectoria fuerte y sostenida en América Latina. Después de la independencia y las décadas de guerras civiles que la siguieron, el primer episodio de refundación revolucionaria de la sociedad es el milenarismo brasileño, que estalla en la década de 1890 en la ciudad de Canudos, con la sublevación popular encabezada por Antonio Consejero, un santón al cual se atribuye la calidad de inmortal y autor de milagros. El milenarismo proclama que cada mil años suceden catástrofes que anuncian la llegada de un mesías capaz de inaugurar otros mil años de dicha general.

Euclides da Cunha, en *Los sertones* y, mucho más tarde, el propio Vargas Llosa en *La guerra del fin del mundo*, tratan de la sublevación milenarista, ahogada en sangre y fuego por el ejército federal brasileño, que destruyó la ciudad rebelde hasta los cimientos. No obstante, el mito de una América mesiánica, capaz de iniciar la historia desde cero, tierra de utopía donde se regenera la humanidad y se redimen los pecados históricos de las viejas civilizaciones, perdura. El americano es una suerte de buen salvaje que retorna eternamente en ciclos milenarios y al cual ninguna influencia externa puede reducir definitivamente.

Esta mitología regeneracionista, a veces convertida en revolucionaria, adquiere otro contorno mítico, el de la América profunda: hay algo en América, algo geológico, telúrico, fundamental, ligado a los orígenes indí-

genas, que resiste a toda penetración extranjera y que, no obstante ser sometido por la fuerza, nunca resulta aniquilado y resurge con cierta constancia. En las novelas del peruano Manuel Scorza o en el vasto poema épico y continental *Canto general* del chileno Pablo Neruda se sostiene esta imagen de una América impenetrable y sempiterna, de nuevo: una América originaria.

Las ideologías antiimperialistas que tanto auge han tenido en América Latina, sobre todo en los años sesenta y setenta, parten de esta base mitológica. América es una nación, única en su comienzo, dividida por los imperialismos extranjeros, que se subleva contra el invasor e intenta recuperar su unitaria independencia. Aparte de los años de guerra contra España, las ideas antiimperialistas se consolidan a fines del siglo XIX, por paradoja, al recuperarse el perfil hispánico de las naciones que fueron colonias españolas. Lo americano se define como latino en oposición a la América anglosajona, portadora de valores utilitarios y materialistas. Frente a ella, la América latina, heredera de los clásicos griegos y latinos, representa el sentido contemplativo, lírico y trascendente de la vida, la interioridad y el culto a las cualidades del alma, algo incuantificable. En el libro del uruguayo José Enrique Rodó *Ariel* (1900) se patentiza esta ideología americanista y meridional.

El antiimperialismo tiene diversas derivas, pero se vincula siempre con la necesidad de expulsar al capital y el ejército extranjeros, para sostener un desarrollo autónomo, a veces centrado en un solo país, a veces orientado hacia la integración continental. Casi siempre se relaciona con explosiones revolucionarias que han producido especial fascinación en ciertas capas intelectuales, al punto de que, con frecuencia, se identifica al intelectual latinoamericano con el intelectual revolucionario. En especial, durante los años sesenta, se miró hacia América Latina como el continente capaz de producir revoluciones, junto con otros países africanos y asiáticos del llamado Tercer Mundo, mientras el sector desarrollado del planeta había cancelado para siempre toda tentativa revolucionaria. El atraso, la pobreza, lo rural, impondrían su revolución a las ciudades opulentas, corruptas y auto-complacientes.

Diversos hechos revolucionarios han tomado el relevo de esta fascinación por el cambio brusco, violento y multitudinario. El primero es la revolución mexicana (1910), con un fuerte contenido libertario y campesino, pero que acaba hegemonizada por el ejército y organiza un sistema con un partido único de hecho. El discurso de la revolución cumplida y permanente, con ciertos toques socializantes, atrae las simpatías de intelectuales progresistas hacia una revolución que, en sus comienzos, careció de intelectuales y hasta de ideas. En México existía un movimiento ateneísta, que intentaba democratizar el país según el modelo norteamericano y salir de la dictadura de